

yugo ignominioso que los genios de las tinieblas quieren echar sobre las espaldas del género humano. Perteneciendo á su regia Madre debe la Congregación seguir en todos los campos de batalla el estandarte real de la Iglesia católica; debe acudir veloz á todas partes donde luchan Cristo y Belial, la verdad y las tinieblas, la gracia del cielo y los pecados del infierno. Más aún. Mayor que la de los demás hijos de la Iglesia, es la obligación que tienen los congregantes de tomar parte activa en esta lucha; pues habiéndose voluntariamente ofrecido con sagrada promesa á María, la celestial Protectora de la Iglesia militante, forman su cuerpo escogido, pertenecen á lo más bizarro de su hueste. ¿No deben, pues, defender el immaculado estandarte de la Iglesia contra todos sus enemigos, en toda clase de combates, luchando cuerpo á cuerpo, si fuera necesario, como los más adictos á su bandera?

Dos fases principales nos ofrece esta lucha. Hay que destruir las obras enemigas del error y del pecado, y hay que edificar ó proteger las obras divinas de la luz y de la gracia. A este doble fin han de amoldarse las obras apostólicas de la Congregación; deben seguir este doble camino de lucha y de bendición, de confesión varonil y de tierna misericordia. De este modo fué como ~~florecieron~~ las Congregaciones por espacio de tres siglos: su historia nos lo pondrá de manifiesto.

Terribles fueron los combates que atronaron la cuna de las Congregaciones Marianas. La herejía, el antiguo escuadrón de ataque del infierno, volvía en primer término á levantarse contra la Santísima Virgen; como lo hicieron en tiempos anteriores, sus padres los ebionitas, los docetas, los gnósticos y maniqueos, los albigeños y los waldenses, los husitas y los wiclefitas, en una palabra, la descendencia toda de la serpiente infernal. Nacida la Congregación, en 1564, de la noble sangre de un soldado, alistó nueva tropa de jóvenes voluntarios bajo la antigua bandera de la Santísima Virgen, que, destrozada pero no humillada ni vencida, ondeaba entre las agueridas huestes de la Iglesia; y la unió á los viejos regimientos, llevando sobre su frente la bendición que dió Jacob á Benjamín (*Genes. XLIX, 27*): «Benjamín, lobo rapaz, por la mañana de su vida devorará la presa, y por la tarde repartirá los despojos.» Esta era la profecía de la historia de la Congregación. Por esto cánticos guerreros circundan aun hoy el altar á cuyos pies se ofrece á su Reina el congregante (1). Sus labios pronuncian los juramentos del soldado y la

(1) Alude el autor á los himnos marciales que realzan en Alemania el acto